

El nuevo paradigma de la catequesis desde el Instituto Internacional de Catequesis Lumen Vitae.

Hacia comunidades catequizadas y catequizadoras

André Fossion*

Me siento muy honrado con la invitación que me habéis hecho para participar en las celebraciones del aniversario de vuestro Instituto. En esta ocasión, quiero compartir con vosotros las perspectivas que mis colegas del Instituto Lumen Vitae, y yo, vislumbramos para el próximo futuro de la catequesis. Como bien sabemos, las prácticas catequéticas tradicionales han entrado en crisis con la evolución cultural contemporánea. No obstante, nuestro mundo ofrece oportunidades inéditas para la escucha renovada del Evangelio. Por eso, quiero consagrar mi reflexión al tema de la reestructuración de la catequesis en este mundo nuevo.

* Profesor de Catequética, en el Centre International de Catéchèse et Pastorale «Lumen Vitae» (Bruselas). Presidente del «Equipo Europeo de Catequesis».

LA REESTRUCTURACIÓN DE LA CATEQUESIS EN TIEMPOS DE CRISIS

Desde hace unos cuarenta años, la catequesis se ha constituido en un campo muy notable de innovación, experimentación y creatividad. La presión de la vida y las nuevas circunstancias han hecho surgir en la práctica nuevas modalidades de organización de la catequesis, particularmente en lo que tiene que ver con las personas adultas. El magisterio de la Iglesia universal, por su parte, se ha mostrado muy comprometido con la renovación de la catequesis. Recordemos algunos momentos de sus intervenciones: la publicación del *Directorio Catequético General*, en 1971, el Sínodo de los obispos sobre la catequesis en 1977, la exhortación apostólica *Catechesi Tradendae* en 1979, el *Catecismo de la Iglesia Católica* en 1992, la publicación del nuevo *Directorio General para la Catequesis* en 1997. Por lo tanto, se puede afirmar que, desde el final del Concilio Vaticano II, la catequesis ha entrado en una fase de reconstrucción, tanto si se considera el nivel de base, como si se tienen en cuenta los pastores.

Esta extraordinaria creatividad de la catequesis, sin embargo, ni asegura nada, ni se puede mirar con actitud triunfalista. En realidad, ésta es la contrapartida de la profunda crisis que afecta a la transmisión de la fe en nuestros días. En efecto, la catequesis se ha visto forzada a inventar, teniendo como trasfondo la crisis global de la iniciación cristiana en la actualidad. En concreto, lo que está haciendo crisis es el sistema catequético destinado a los niños y a los adolescentes, quienes se inscriben a una determinada edad para prepararse sucesivamente a la primera comunión, a la profesión de fe o a la confirmación. Este sistema consiste esencialmente en la preparación a los sacramentos mencionados, los cuales, por demás, se perciben como la conclusión de la catequesis. Este proceso catequístico en crisis está organizado en el ritmo escolar anual, en lugar del litúrgico, y propone el mismo esquema para todos. La preparación presacramental se le confía a un grupo de catequistas y se desarrolla, por lo general, sin tener en cuenta el conjunto de actividades de la parroquia

y de la vida comunitaria. Aunque este clásico sistema de catequesis esté dando todavía algunos frutos, adolece de crecientes dificultades, no sólo en razón de sus limitaciones, sino, sobre todo, debido a su progresiva inadecuación a la evolución sociocultural de la sociedad, lo cual está generando una crisis, cuyos síntomas nos son bien conocidos: disminución constante de niños catequizados, abandono frecuente después de la recepción de los sacramentos, falta de motivación de los padres, folclorización de los ritos religiosos de paso, dificultad para encontrar catequistas, envejecimiento de los mismos, problemas de inserción de los jóvenes en las comunidades, etc.

Es en este contexto de crisis donde un nuevo paradigma de la catequesis está surgiendo. Yo quiero precisarlo, enumerando aquí cuatro retos, y por ende cuatro tareas fundamentales para la catequesis del mañana. Las propuestas que voy a presentar me parecen realistas y abordables. Ante todo, porque ya se están gestando sobre el terreno; y porque están haciendo evolucionar las cosas sin revolucionarlas. Estas cuatro propuestas se caracterizan por construir y mantener vínculos de humanidad que pueden revelarse como otros tantos lugares de la experiencia de Dios. De esta forma se busca establecer relaciones entre las personas, entre las generaciones, con el medio ambiente sociocultural, al tiempo que se invita a reconocer en nuestras alianzas humanas el lugar de nuestra alianza filial con Dios.

El reto de la comunidad. Por una catequesis permanente de las comunidades orientada hacia la proclamación de la fe pascual

Esta primera propuesta me parece el fermento principal de toda renovación catequética actual. Consiste en considerar que las comunidades, como tales, son las destinatarias de la catequesis. El *Directorio Catequético General* de 1971 ya lo destacaba: «En la actividad pastoral, la catequesis es una forma de acción eclesial que trata de llevar a la madurez de la fe tanto a las comunidades como a los individuos» (§21). Y agregaba: «La catequesis se dirige a la comunidad sin olvidar a los

fieles en particular» (§31). En esta misma línea, el nuevo *Directorio General para la Catequesis* de 1997, establece: «La atención a cada una de las personas no debe hacer olvidar, sin embargo, que la catequesis tiene como destinataria a la comunidad cristiana, en cuanto tal, y a cada uno de sus miembros en particular» (§168). Y Monseñor Ricard, al finalizar la Asamblea plenaria anual del episcopado francés, en Lourdes, en noviembre de 2004, reclamaba –cito textualmente– «propuestas catequéticas comunitarias dirigidas a todas las generaciones».¹ Lo que está en juego, precisaba, es que las comunidades «ofrezcan a todos un medio portador de la fe, una inserción, una inmersión en la expresión de la fe y la oración de la comunidad cristiana».

Afirmar que la comunidad es destinataria de la catequesis constituye un desplazamiento considerable con relación a las representaciones y prácticas habituales. Esta afirmación es una invitación a superar una catequesis que se limita a los niños y a los adolescentes, para ir hacia una catequesis que se extienda a la comunidad como tal. En realidad, se trata de establecer fórmulas catequéticas comunitarias y, por tanto, intergeneracionales, sin restricciones, abiertas a todos los miembros de la comunidad, sea cual sea su edad. En este sentido, el punto clave de la catequesis del mañana consiste en crear un tejido comunitario fraternal, catequizado y catequista, que una a las distintas generaciones.

¿Pero cómo concebir en la práctica esta catequesis para las comunidades? Aludo aquí a dos posibles mediaciones: la comunidad puede valerse del ciclo litúrgico para desplegar todas sus virtualidades catequéticas y elegir un tema para desarrollar a lo largo del año.

- El *ciclo litúrgico* constituye para la catequesis de la comunidad el punto de apoyo esencial. El ciclo litúrgico es, de hecho, una narración de la historia de salvación; una narración que «la representa», lo que literalmente quiere decir: «ponerla en escena», «volverla presente».

¹ Véase el discurso de clausura de la Asamblea Plenaria del episcopado francés, en Lourdes, en noviembre de 2004: <http://www.ccf.fr/catho/actus/txtoffic/2004/index.php>

En otras palabras, el ciclo litúrgico nos invita a participar como protagonistas en esta historia de salvación, de forma que nuestra propia historia se convierta en una historia santa. Desde este punto de vista, la catequesis de la comunidad valorará todas las potencialidades catequísticas del ciclo litúrgico. No se trata, por supuesto, de transformar nuestras liturgias en catequesis largas y locuaces, sino de actualizar, de distintas maneras, en distintos tiempos y lugares, y para toda la comunidad, las virtualidades catequéticas que ofrece la liturgia.

- La comunidad también podría *elegir un tema* para cada año. El tema escogido se profundizaría a lo largo del ciclo litúrgico mediante un conjunto de medios y actividades que reclamarían la constante atención de toda la comunidad. Estos medios pueden incluir «tiempos fuertes» en los que se invite a la comunidad a reunirse durante una mañana, una tarde o un día entero para un tiempo de reflexión, de convivencia y celebración. También podrían realizarse ciclos de conferencias o grupos de reflexión en torno a la temática elegida; o bien un peregrinaje, una marcha comunitaria, una exposición artística, carteles en la iglesia, una selección de textos para la lectura, etc.

Estas actividades ofrecidas a todos y para todos los miembros de la comunidad a lo largo del año litúrgico, estarán orientadas hacia la proclamación de fe de la comunidad durante la vigilia pascual y en el día de Pascua. Desde este punto de vista, la catequesis de la comunidad está completamente orientada hacia la maduración de la fe pascual y hacia su proclamación solemne durante la vigilia pascual.

Como es obvio, y por motivos perfectamente legítimos, no todos los integrantes de la comunidad participarán en todas las iniciativas de catequesis comunitaria que se programen. La participación, por principio, será libre y necesariamente variable de acuerdo con las personas, los momentos y las propuestas concretas. Pero lo fundamental no radica en la cantidad, ni mucho menos en dividir la comunidad en bandos de ritmos diferentes. Por el contrario, el objetivo consiste en poner a la comunidad en movimiento

para el provecho de todos y todas, y en beneficio de la dinámica de conjunto. Las comunidades así catequizadas se convertirán en células cada vez más catequizantes, es decir, en comunidades maduras en la fe, conscientes de su responsabilidad catequética, capaces de apoyar el despertar de la fe de los niños y las niñas, de los jóvenes y adultos que se les acerquen o con quienes se relacionen.

El desafío de la diversidad. Por una catequesis diversificada que ofrezca variados caminos para avanzar en la fe

Esta segunda propuesta está en estrecha conexión con la primera, ya que las fórmulas de catequesis comunitaria favorecen, al mismo tiempo, la aparición de catequesis específicas y diversificadas, y éstas, a su vez, enriquecen la catequesis comunitaria.

Esta diversificación de la catequesis es en la actualidad una necesidad ineludible, impuesta por las circunstancias. El caminar de la gente, su medio de vida, sus raíces culturales o étnicas, sus cuestionamientos y aspiraciones son tan variados, que hoy es imposible proponer un itinerario único. Esta afirmación es válida tanto en el caso de los adultos como en el de los niños. Se observa, por ejemplo, cómo algunos adultos se presentan actualmente para ser confirmados, o aún más, para redescubrir la fe de una manera nueva. Igualmente sucede con los niños o adolescentes que tienen antecedentes familiares, culturales y religiosos muy distintos, quienes llegan en número creciente a la catequesis sin ser bautizados. Por esta razón, bien sea para los unos o para los otros, es necesario crear itinerarios específicos adaptados a cada situación.

Por eso, las actuales comunidades cristianas deben enfrentar el reto de implementar fórmulas catequéticas variadas, que se acomoden lo mejor posible a las condiciones y a las aspiraciones de las personas, siempre con un espíritu de servicio. La cuestión, en efecto, no consiste en «conformar» a la gente con un modelo establecido de la fe, sino en ofrecer una

organización con variadas alternativas, en la que todos puedan moverse, y donde encuentren apoyo para crecer y caminar libremente en la fe.

Desde esta perspectiva se pueden distinguir varios ejes de diversificación de las propuestas catequéticas.

- *Existen catequesis que varían según su función:* despertar, iniciación, reiniciación o maduración. Las catequesis del despertar y de la iniciación, como en el catecumenado, por ejemplo, se sitúan allí donde la adhesión de fe y la inserción en la comunidad cristiana toman forma. Las catequesis para recomenzar o reiniciarse se ofrecen a las personas que desean redescubrir la fe de otra forma, de manera nueva. Las catequesis de maduración van dirigidas a los cristianos seguros de su fe para que puedan profundizarla. Profundización que, destaquémoslo, consistirá a menudo, debido al actual contexto cultural, en la reconsideración de las cuestiones fundamentales, a partir de las cuales resurge la fe con más vigor y sentido
- *Hay catequesis que varían según las dimensiones de la vida cristiana (creer/celebrar/vivir; fe/esperanza/caridad).* Algunas catequesis, en efecto, se centran más en la inteligencia de la fe en relación con temas o asuntos culturales (grupos bíblicos, ciclos de conferencias o formación). También las hay que se centran más que todo en la liturgia y en los sacramentos, según las circunstancias de la vida. Otras se concentran más bien en la ética, en los valores del Reino y en la acción en el mundo teniendo en cuenta los retos por la humanización de la sociedad.
- *Hay catequesis que varían según la sensibilidad personal.* Así se pueden distinguir catequesis que trabajan la fe a partir de distintas dimensiones: cultural, emocional, comunitaria o ética.² En el campo cultural, por

² Se retoman aquí las categorías de la socióloga Danièle Hervieu-Leger en su obra *Le père-rin et le converti*, Flammarion, 1999, pp. 72-78.

ejemplo, pienso en las catequesis que están en relación con actividades artísticas: corales, talleres de arte cristiano.

- En fin, *hay catequesis que varían según las modalidades técnicas y organizativas*: catequesis por grupos de edad o intergeneracionales; catequesis individuales, en pequeños o en grandes grupos; catequesis de corta o de larga duración; catequesis locales o en red, etc. Hay catequesis que tienen lugar en sitios eclesiales muy conocidos y catequesis que se llevan a cabo en lugares donde se desenvuelve la vida social o familiar. Hay catequesis que se realizan al ritmo de las fiestas eclesiales y otras que se desarrollan paralelas a los acontecimientos de la vida social o familiar.

A cada comunidad parroquial le corresponde trazar su camino, teniendo en cuenta las posibilidades expuestas. Seguramente una comunidad no podrá hacerlo todo, pero, en la medida de lo posible, puede asociarse con otras comunidades para constituir conjuntos más extensos que puedan ofrecer alternativas catequéticas más variadas y mejor organizadas.

El reto de la misión. Por una catequesis para quienes se inician y para quienes se reinician en la fe, abierta al entorno social

En la presente situación, la catequesis no es separable del contexto de la evangelización e incluso de la primera evangelización. Actualmente, en efecto, la cuestión que se plantea una y otra vez es la del acceso a la fe, mientras el compromiso renovado de fe constituye una inquietud constante para los cristianos. De hecho, el mundo secularizado exige al creyente dar razón de su propio compromiso, tanto frente a sí mismo, como frente a los demás. En este contexto, toda catequesis es inevitablemente misionera. Precisamente, la tercera propuesta que voy a formular pone específicamente de relieve esta exigencia misionera de la catequesis: se refiere al acompañamiento catecumenal de los nuevos creyentes que caminan hacia el bautismo, como también al acompañamiento de aquellas personas que,

a pesar de haber sido bautizadas, descubren o redescubren la fe en la edad adulta. Para evitar toda confusión, aclaro que lo que voy a decir no se refiere en ningún momento, ni de modo alguno, al «neocatecumenado», el cual es un camino de renovación espiritual.

Hace ya 40 años, el Concilio Vaticano II pedía a los obispos: «Esfuércense también en restablecer o mejorar la instrucción de los catecúmenos adultos».³ Esta revalorización del catecumenado de adultos es indudablemente fundamental en la ciudad secular de nuestros días, emancipada de la tutela clerical y donde la religión ya no ejerce el papel de marco de referencia y fundamento de la sociedad. En esta ciudad secular, la fe cristiana, al igual que el bautismo de los niños pequeños, ya no son evidentes, como sí lo fueron en el periodo de «cristiandad». La fe cristiana y la petición del bautismo son, cada vez más, el fruto del consentimiento personal, de la adhesión libre, de la convicción de que se trata de un acontecimiento salvador y bueno para la vida, convencimiento al que se llega, muchas veces, después de vacilaciones y rodeos, y de avanzar por un largo y tortuoso camino. El catecumenado se esfuerza en asumir esta condición peregrina de nuestros contemporáneos, poniéndose al servicio del engendramiento de esta fe libre y personal. Así pues, en el corazón mismo de la ciudad secular, el catecumenado se propone ofrecer espacios de encuentro, intercambio y diálogo para permitir a los ciudadanos que lo deseen, avanzar en la fe y hacia el bautismo, con el apoyo amistoso de cristianos.

En este espíritu catecumenal, la catequesis de reiniciación es igualmente decisiva. Su finalidad es abrir de nuevo a los bautizados la posibilidad, bien sea de descubrir la fe cristiana, o bien de redescubrirla de forma diferente y nueva, más allá de las contingencias que eventualmente les hayan separado de la práctica religiosa o de la misma fe. Son muchas las personas, bien lo sabemos, que se han distanciado de la Iglesia, cansadas de un cristianismo que no les permitía vivir plenamente, y del cual se liberaron para crecer en humanidad. En virtud de la dignidad y la solidaridad

³ Decreto *Christus Dominus* sobre el ministerio pastoral de los obispos, n. 14.

bautismales, todas estas personas conservan el derecho inalienable a dar su palabra en la Iglesia. Con ellas debemos construir espacios para compartir –y, si fuere el caso, para el perdón– espacios donde juntos podremos redescubrir la frescura de la Buena Noticia, más allá de las sombras y las barreras que la hayan desvirtuado. Para nosotros y para todos los que estuviesen dispuestos a volver a emprender un nuevo camino en la fe, sería necesario, como lo escribía recientemente el obispo emérito español, monseñor Rafael Sanus Abad, «aligerar el bagaje intelectual e histórico, desprendiéndose de muchas tradiciones, normas, falsas seguridades, teologías caducas, excesiva burocratización de estructuras, etc.».⁴

En realidad, el catecumenado de adultos y los espacios de reiniciación en la fe ya existen, aunque en forma embrionaria, rara, y no habitual de la catequesis. Por eso, el reto que debemos enfrentar es convertir el catecumenado y la reiniciación en la fe, en la catequesis ordinaria, habitual y cotidiana.

Para tal efecto se pueden enunciar al menos tres condiciones: *la primera* es promover una pastoral inserta en la cultura. El objetivo de esta pastoral consiste en hacer ampliamente accesible el tesoro de la tradición cristiana en el campo cultural (escuelas, universidades, medios de comunicación, artes, espacios de tiempo libre, etc.), para que dicho tesoro pueda ser conocido en estos espacios, para que allí se lo puedan apropiar libremente, y para que lleguen a hacer de él una «parte seminal»⁵ de su existencia, sea o no desde la fe. Esto implica la aptitud de acercarse a los demás, de mezclarse en la vida de la gente, de participar en su conversación, de compartir sus alegrías y sus penas con un sentido de hospitalidad recíproca y benevolencia mutua, dando tanto como se recibe. *La segunda condición* es hacer saber, públicamente, que es posible convertirse en cristiano

⁴ Rafael Sanus Abad, «Decadencia y futuro», en *El País*, 21 de diciembre de 2003, p. 16.

⁵ «La cultura cristiana es una parte seminal de nuestra cultura; es imposible ignorarlo. Ello resulta de eminentes atributos y de una inserción privilegiada de las instituciones en las que ella se perpetúa». Marcel Gauchet, «Service public, pluralisme et tradition chrétienne dans l'éducation», en *Exposant neuf*, fuera de serie, junio 2002, n.º 1, p. 9.

y recibir el bautismo a cualquier edad. Finalmente, la *tercera condición* es la formación de los cristianos en el espíritu catecumenal para que sepan en qué consiste el catecumenado, su funcionamiento, sus etapas, su importancia para el mundo de hoy. Que los cristianos sean capaces de dar consejos acertados, de proporcionar las direcciones correctas, e incluso de participar en el acompañamiento de los nuevos creyentes o de quienes se reinician en la fe. Pero debe saberse que es toda la comunidad cristiana la que está llamada a acompañar a los nuevos creyentes, a hacerse solidaria orando con y por ellos, participando en las celebraciones que marcan el ritmo de su caminar, recibiendo de ellos el testimonio de la frescura siempre nueva del Evangelio.

El reto de la iniciación de los jóvenes. Por una catequesis inicial de tipo iniciático

El cuarto reto es el de la catequesis inicial de los niños y adolescentes. Abordo aquí el ámbito más tradicional de la catequesis, ése en el que se piensa espontáneamente cuando se habla de catequesis. Esta catequesis de los niños y adolescentes sigue siendo, por supuesto, una exigencia esencial. ¿Pero cómo concebirla en el mundo que se acerca? Lo que está en juego, me parece, es darle una forma verdaderamente iniciática a la catequesis de las jóvenes generaciones. A este respecto, así como lo destacan los textos de la Iglesia, en particular el párrafo 90 del nuevo *Directorio General para la Catequesis*, la catequesis de los jóvenes bautizados tomará el catecumenado como modelo y se dejará inspirar por sus elementos esenciales.

1. *Una catequesis articulada con la catequesis de toda la comunidad.* Es importante que la catequesis de los niños y adolescentes se apoye en la vida de la comunidad y en la catequesis de la misma. De esta forma, los niños y adolescentes percibirán que su propia catequesis es parte de la organización catequética comunitaria y que, con ellos y junto a ellos, también otras personas integrantes de la comunidad están participando de actividades catequéticas, que varían, por supuesto, con las circunstancias propias del caminar en la fe.

2. *Una pedagogía que favorezca la inmersión.* La catequesis tendrá siempre un aspecto de instrucción y de enseñanza. Pero aunque este aspecto didáctico logre hacer comprensible la fe, no basta para que ésta llegue a ser deseable. Además es necesario ver, tocar, sentir..., ya que la percepción de la fe pasa también por los sentidos. Los procesos iniciáticos involucran todo el ser, haciéndole experimentar una vivencia mediante la inmersión en la realidad que se va a vivir: inmersión comunitaria, inmersión litúrgica, inmersión en el compromiso por un mundo mejor. El texto con las orientaciones de la catequesis de los obispos de Francia habla, a este respecto, de «baño eclesial». Esta inmersión deriva de la pedagogía evangélica del «venid y ved». En esta óptica iniciática, el catequista no es solamente un testigo, un instructor, un animador, un compañero; es también un «mediador», es decir, el que muestra y hace ver, facilita el descubrimiento del medio, pone en relación, establece vínculos personales y favorece así la aparición de un sentimiento de pertenencia a la comunidad cristiana. El (la) catequista es, hasta cierto punto, quien actualiza las virtualidades catequizantes de toda la comunidad.

3. *Una pedagogía que apuesta por la libertad de avanzar a través de una amplia gama de posibilidades.* Hemos estado acostumbrados a una catequesis que ofrece cursos uniformes, con etapas que deben finalizarse a edades determinadas. Pero cabe aquí preguntarse si esta programación preestablecida favorece suficientemente el deseo y la libertad de los catequizados. Nos lamentamos cuando muchos adolescentes ejercen su libertad al término de la iniciación cristiana, abandonando toda práctica. Se les echa en cara su infidelidad o ligereza, mientras que ellos, por su parte, tienen el sentimiento de emanciparse de su condición infantil y de crecer. Más vale, pues, favorecer el ejercicio de la libertad desde el comienzo del proceso catequético. La propuesta catecumenal es un modelo a este respecto. El proceso catecumenal está estructurado de tal forma, que existen una serie de etapas con sus respectivas metas. Pero la manera de recorrer cada etapa, el tiempo destinado para ello, va a variar según las personas.

Abandonemos, pues, las edades determinadas de antemano para tal o cual etapa de iniciación. Procuremos, por el contrario, que si el niño comulga, si el adolescente proclama su fe, no sea porque llegó a la edad prevista para ello, sino porque su deseo ha madurado, y libremente ha hecho la solicitud para recibir el sacramento. Con todo, no se trata de esperar pasivamente a que el deseo nazca; esto llevaría, por demás, a relegar a los niños provenientes de familias culturalmente necesitadas. No. Es necesario estimular el deseo de los infantes y adolescentes, ofreciendo sistemáticamente catequesis por grupos de edad. A través de lo que se les ofrece, será necesario velar para que surja el deseo en cada niño, niña o adolescente, en relación con sus pares, en una dinámica de grupo, y en contacto con los adultos, de tal forma que sean ellos y ellas, como sujetos de la catequesis, quienes determinen el momento conveniente de avanzar a tal o cual etapa de su proceso de iniciación.

4. *Una catequesis presacramental y postsacramental equilibradas.* Cuando se retoma la tradición catecumenal, conviene prever en el proceso de iniciación, tanto la catequesis que sigue a los sacramentos como la catequesis de preparación a los mismos. Las catequesis postsacramentales o mistagógicas, en particular, podrían ser la ocasión de encuentros intergeneracionales. Recordemos que, en la práctica catecumenal de los primeros siglos, toda la comunidad estaba invitada a participar en la catequesis mistagógica de los neófitos. Ésta era la forma como la comunidad acogía a los nuevos bautizados, y también la manera de entrar con ellos, y gracias ellos, en una catequesis permanente. A este respecto sería muy oportuno favorecer en la actualidad las catequesis postsacramentales, las cuales se caracterizarían por abrir espacios para el diálogo entre jóvenes y adultos, lo que implicaría el mutuo testimonio de fe, beneficiándose así tanto los unos como los otros.
5. *Catequesis en redes que superen el nivel local.* La catequesis de los niños y adolescentes no podría circunscribirse únicamente al nivel parroquial local. Este nivel, por supuesto, es esencial; allí la comunidad cristiana tiene un rostro concreto y familiar. Recordemos, no

obstante, que, como en el catecumenado, no es la comunidad local aislada la que engendra la fe, sino la Iglesia diocesana en la que ella se inserta, y a través de la cual entra en comunión con la Iglesia universal. De aquí la importancia de la llamada decisiva por parte del obispo en el proceso catecumenal. Desde este punto de vista, es importante que la catequesis de los niños y adolescentes, aunque realizándose localmente, se conecte, *a fortiori*, con movimientos o redes (Taizé, Jornada Mundial de la Juventud, Movimiento Eucarístico Juvenil, etc.) que van más allá del nivel local, sobre todo cuando faltan los recursos locales. En estos tiempos de globalización, la catequesis no puede abstenerse de hacer experimentar a las jóvenes generaciones la diversidad y el alcance de la comunidad cristiana, y ha de hacerlo no sólo teóricamente, por medio de informaciones, sino también de manera práctica, mediante la participación en diversas iniciativas, en particular interparroquiales, o en redes que permitan hacer contactos y crear vínculos más allá del nivel local.

6. *Nuevos ritmos y derroteros.* Por último, me parece que es necesario reconsiderar los ritmos y los derroteros del proceso de iniciación ofrecido a los jóvenes. La siguiente hipótesis plantea una renovación que toca aspectos fundamentales, pero sin pretender revolucionarlos, al tiempo que evita transiciones bruscas. En la actualidad, es un hecho que los jóvenes alcanzan generalmente una situación relativamente estable en lo profesional, lo afectivo y lo social, a partir de los 25 años. Por lo tanto, desde el punto de vista de la iniciación en la fe cristiana, se debe aprovechar este largo periodo para proponer algunas etapas rituales inspiradas en el catecumenado.

- Entre *los 7 y los 11 años* se podría celebrar la primera comunión, junto con la confirmación, si el niño o la niña han sido bautizados en la primera infancia. En caso de que el bautismo no se haya administrado durante la primera infancia, o que se haya sustituido por una celebración cristiana para acoger la nueva vida, se podría proponer la celebración simultánea de los tres sacramentos de la

- iniciación. Esta etapa estaría marcada, además, por el signo simbólico de la entrega de una cruz y por la «*redditio*» del Padre Nuestro.
- Entre *los 12 y los 14 años*, podría proponerse una ceremonia de llamamiento a los jóvenes por parte de toda la comunidad cristiana. Durante esta ceremonia, se les hace entrega del Evangelio o de la Biblia. Esto representa una inversión importante con relación a la profesión de fe tradicional a los 12 años. No se trata aquí de un compromiso formal del joven con la comunidad, sino de un acto comunitario, en el que se convoca a los jóvenes y se les confía una tarea entregándoles el Evangelio
 - Entre *los 16 y los 19 años*, al finalizar el ciclo de los estudios secundarios y entrar en un período de aprendizaje técnico o de estudios superiores, podría proponerse la profesión solemne de la fe, con toda la comunidad, el día de Pascua.
 - Finalmente, *alrededor de los 25 años*, se podría proponer a los jóvenes adultos que están comenzando su vida profesional y conyugal, una celebración de reconocimiento de la fe recibida y de compromiso de servicio a la humanidad en la comunidad cristiana.

Es bueno advertir que el proceso que acabo de plantear, no es posible sin la existencia de una estructura comunitaria, o al menos de un núcleo fraternal capaz de interrelacionar los diferentes estratos generacionales.

UN CONCEPTO AMPLIO DE LA CATEQUESIS

Los cuatro retos y tareas de la catequesis que os he presentado, implican un concepto ampliado pero preciso de la catequesis. Ésta constituye un dispositivo complejo y variado, orgánicamente constituido, pedagógicamente reflexionado, del que la comunidad se dota para crecer en la fe y para hacer crecer a cada uno de sus miembros.

Más concretamente, podríamos definir la catequesis de la siguiente manera:

- Junto con el kerigma, la homilía y la teología, la catequesis hace parte de la función profética de la Iglesia.
- Es una actividad de la palabra sobre la fe y sobre la vida cristiana.
- Dialogada.
- Inscrita en un proceso pedagógico reflexionado, con etapas y momentos definidos.
- Con una organización establecida y consolidada.
- Cuya finalidad es la de permitir que las personas (niños, jóvenes y adultos) y las comunidades puedan descubrir y comprender la esencia y coherencia del mensaje cristiano (creer/vivir/celebrar) y apropiarse libremente de él, bien sea inicialmente o en profundidad, y contribuir así a la edificación de una comunidad de cristianos y cristianas libres (confirmados), congregados en nombre del Evangelio, en medio del mundo y a su servicio.

Ésta es una definición amplia pero precisa. En ella no se confunde la catequesis con la pastoral, de la que, no obstante, hace parte. En realidad, no todo en la Iglesia es catequesis. Pero si no todo es catequesis, ésta, sin embargo, está relacionada con todo, y recíprocamente, todo en la Iglesia puede tener una función catequética. Se puede comprender, por tanto, la llamada del nuevo *Directorio*, donde se pide una mejor concertación en el seno de la comunidad cristiana para que la actividad catequética, en sus diversas formas, esté verdaderamente articulada con la pastoral de conjunto, y que las diferentes pastorales sean conscientes de su responsabilidad y de las consecuencias catequéticas de sus diversas acciones. Importa, en efecto, que dispongamos de una organización eficaz de la catequesis en sus distintos aspectos, articulada con una pastoral de conjunto.

Adviertan que acabo de pronunciar la palabra «eficaz». Esta eficacia se refiere a la calidad del servicio que se ha de prestar a las personas en su caminar en la fe. En ningún momento se refiere, ni se puede confundir

con cualquier tipo de voluntad de poder sobre las personas o de control en la transmisión de la fe; porque en la catequesis no hay soluciones milagrosas. Nos podemos preocupar al máximo por las condiciones que hacen posible, comprensible y deseable la fe, pero la transmisión misma de la fe no está en nuestras manos. En este sentido, un nuevo creyente o una persona que se reinicia en la fe siempre constituirán una sorpresa; de ninguna forma serán el resultado de una conquista o el producto de nuestros esfuerzos. «Sucede con el Reino de Dios, lo mismo que con el grano que un hombre echa en la tierra. No importa que él esté dormido o despierto, que sea de noche o de día. El grano germina y crece, sin que él sepa cómo» (Mc 4, 26-27). Por eso tenemos que sembrar, y sembrar extensamente, contando con una organización eficaz. Pero es inútil ahogar los retoños, madurar los frutos a la fuerza o predecir la cosecha. Sembrar es emprender con nuestros contemporáneos una historia común, sin querer controlar los resultados. Por eso estamos llamados a poner por obra planes catequéticos audaces, rigurosos; un rigor que sea animado por el espíritu de la entrega desinteresada. Lo que simplemente debemos vivir en la catequesis es una exquisita solicitud hacia cada una y cada uno de los demás. Esta solicitud hacia cada persona y nuestra devoción a Dios –tal es nuestro testimonio– son como las dos caras de una misma moneda.